

Laudate

BOLETÍN DE NUESTRA SEÑORA DE LA CRISTIANDAD-ESPAÑA



MAYO

Nº 44



¿Es la fe razonable? Parte II: De la fe en sí
D. Víctor Asensi Ortega,
Capítulo Nuestra Señora de los Desamparados.

«Su dios es su vientre». Los vicios capitales (II): la gula
D. Tomás Minguet Civera, Pbro.,
Capítulo Nuestra Señora de los Desamparados.

Origen y función del Papado
D. Samuel Clavijo Gómez,
Capítulo de Nuestra Señora de Covadonga.

Síguenos en nuestras redes sociales



Queridos peregrinos:

Laudetur Iesus Christus. Este es un mes para dar gracias a Dios con motivo de la elección del Romano Pontífice, León XIV, y para pedirle que le alcance las gracias necesarias para pastorear a su Iglesia a la luz de la Verdad. En el contexto de este año jubilar, el inicio de su pontificado es motivo para la esperanza, teniendo la seguridad de que el Señor ha acompañado y sigue acompañando a su pueblo mediante la ininterrumpida sucesión apostólica.

Damos gracias a Dios también por las noticias que nos llegan desde Notre-Dame de Chrétienté, cuya peregrinación París-Chartres alcanza este año los 19.000 inscritos, habiendo tenido que cerrar las inscripciones antes de tiempo al completarse el límite de aforo en tiempo récord.

Nosotros esperamos también seguir creciendo en número para mayor gloria de Dios, buscando que cada vez más gente conozca y ame el tesoro escondido de la liturgia según el *usus antiquior*. Sin embargo, por el momento es prudente que el aumento de participantes sea moderado, pues humildemente reconocemos que no contamos todavía con la experiencia de nuestros hermanos franceses o argentinos y debemos afianzar lo que se ha logrado hasta ahora. Por ello, y por la limitación de espacio en uno de los campamentos, este año apenas podremos admitir algunos inscritos más respecto a la edición anterior. Recomendamos, por lo tanto, realizar la inscripción cuanto antes. El plazo se encuentra abierto desde el pasado día 15 de mayo, y se mantendrá hasta el 30 de junio en inscripción ordinaria y hasta el 15 de julio en inscripción extraordinaria (con un aumento de precio) si no se alcanza el límite de peregrinos.

Recibid un afectuoso saludo en Cristo Resucitado,

Diana Catalán Vitas
Presidente de NSC-E



¿ES LA FE RAZONABLE?

PARTE II: DE LA FE EN SÍ

D. Víctor Asensi Ortega, Capítulo Nuestra Señora de los Desamparados



Triunfo de la Fe sobre los Sentidos, Juan Antonio de Frías y Escalante, 1667 ca., Óleo sobre lienzo. Extraída de la colección digital del Museo del Prado.

Lo primero que establecimos en el artículo anterior es que lo razonable es lo acorde a la realidad. Seguidamente, nos preguntamos qué compone esa realidad. En concreto, concluimos que la afirmación «yo soy y el mundo es», pese a no ser demostrable, parece la única base metafísica razonable. Negarle el ser al sujeto o al mundo nos hace llegar a conclusiones absurdas. De igual manera, también nos preguntamos sobre los modos de conocer —razón y sentidos— y cómo se relacionan con el binomio sujeto-mundo. Los sentidos son nuestra única ventana al mundo, y, por tanto, son

el principio del conocimiento. La razón, por su parte, ordena y discierne esta información.

Las ciencias naturales y el método científico son un gran ejemplo de cómo sentidos y razón actúan juntos para hallar conocimiento verdadero sobre la realidad material. Sin embargo, sería absurdo restringir la totalidad de la verdad a estas verdades. Un ejemplo que tratamos en el artículo anterior es el libre albedrío: puede que no sea científicamente demostrable (tampoco refutable), pero, de nuevo, aceptar que es real es lo único razonable. Al menos,

yo no conozco a ningún determinista que no mire la calle antes de cruzar.

Apoyados en las verdades de las ciencias naturales, podemos valernos de la razón para alcanzar otras verdades de orden filosófico. Estas verdades, pese a ser inmateriales, no son menos razonables. Sin ir más lejos, la propia ciencia se practica bajo el supuesto —científicamente indemostrable— de que el universo es cognoscible. Pero que el universo sea cognoscible no es trivial: bien podría ser caótico, incoherente o inalcanzable para nosotros. La fiabilidad de esta premisa se debe a la deducción filosófica sustentada en observaciones naturales.

Pero todo esto ya lo hemos visto. Hasta aquí hemos explorado la búsqueda de la verdad mediante los dos modos naturales de conocer: los sentidos y la razón. En este artículo, vamos a dar un paso más para adentrarnos en una «tercera vía» de conocimiento: la fe. «Fe» es otra de las palabras que pone en alerta al hombre moderno: en el imaginario colectivo, «fe» significa «conjunto de creencias infundadas». Así que, para apaciguar nuestro moderno interior, veamos primero qué debemos entender por fe.

Muchas veces, incluso en contextos cristianos, se explica la fe como una «especial confianza» que exige acallar hasta las dudas razonables. Dando un pasito más, C. S. Lewis habla de la fe como el asentimiento a una decisión racional previa¹: «en frío» me convencí de que la anestesia no me mata, así que, aunque me entre miedo en la camilla del quirófano, debo sobreponerme y aferrarme a mi decisión. La imagen es útil, especialmente para el combate espiritual, pero le falta un matiz esencial en el concepto católico y tradicional de fe.

La clave nos la da santo Tomás en la *Suma Teológica*: «La fe implica asentimiento del entendimiento a lo que se cree»². O, para hacerlo más comprensible a nuestra mente moderna, **la fe implica certeza**. Tener fe es tener certeza sobre algo no demostrado, por eso santo Tomás continúa:

Por otra parte, el entendimiento presta su asentimiento no porque esté movido suficientemente por el propio objeto, sino que, tras una elección, se inclina voluntariamente por una de las partes con preferencia sobre la otra. Si presta ese asentimiento con duda y miedo de la otra parte, da lugar a la opinión; da, en cambio, lugar a la fe si lo presta con certeza y sin temor.

Es decir, fe y opinión se dan solo ante algo no demostrado: el propio objeto (lo que se está juzgando) no mueve suficientemente el entendimiento (no convence por sí mismo). En este caso, se opta voluntariamente por creer algo. Si hay dudas en esta decisión, entonces formamos una opinión. Pero si no hay dudas y hay certeza, entonces tenemos fe.

Por eso, a continuación dirá que «es evidente que no se da fe ni opinión sobre cosas vistas, sea por el entendimiento, sea por el sentido». Es decir, ante algo que sabemos (por razón, sentidos o ambos) no podemos tener ni fe ni opinión, porque no cabe duda (opinión), y la certeza ya nos la está dando el entendimiento, luego no hace falta acto de la voluntad para creer.

Merece la pena detenerse en la expresión *cosas vistas*. En el evangelio hay un versículo que condensa perfectamente la relación entre fe y visión: es el famoso Juan 20, 29, cuando santo Tomás apóstol mete la mano en el costado de Nuestro Señor y Él le dice: «¿Porque has visto has creído? Dichosos los que sin haber visto han creído». En el griego original, el verbo que utiliza para *ver* es ὁράω (*jorao*) y no βλέπω (*blepo*) que sería simplemente *percibir por los ojos, mirar*.

Esto es relevante porque el aoristo (el tiempo verbal que expresa la acción finalizada del verbo) de *jorao* es εἶδον (*eidon*) que muchas veces se traduce por *entender, comprender*, más que por 'ver'³. En los evangelios, este matiz se ve muy explícitamente en Mateo 13, 14, donde Nuestro Señor cita a Isaías y dice: «Miraréis con los ojos (*blepo*) sin ver (*joaro*, aoristo)», que también se traduce como «veréis y no conoceréis»⁴.

¹ C. S. LEWIS, *Mero Cristianismo*, Parte III, cap. 11.

² *Suma teológica*, II-IIae, q. 1, a.4.

³ Aunque muchas veces se entiende el aoristo como el pretérito, esto no es siempre así, tampoco en el nuevo testamento. De hecho, en Hebreos 8, 11 se usa el aoristo para expresar una acción finalizada en el futuro (conocerán). Además, cabe destacar que εἶδον (el aoristo de ὁράω) comparte raíz con οἶδα (saber), proveniente de la misma raíz PIE *weid.

⁴ La primera traducción es la de la conferencia episcopal española, la segunda la traducción de la Biblia

El Aquinate, aunque escribe en latín, está usando *ver* en el mismo sentido que se utiliza en el Evangelio. Cuando ves con los sentidos o con la razón, percibes el mundo tal cual es y por ese mismo acto lo *conoces*. Al conocerlo, al saber cómo es, ya no cabe opinión o fe, porque solo hay hechos. Por eso, como santo Tomás vio (*jorao*), ya no necesitaba fe para creer, pues ya lo sabía, ya había comprobado que el Señor ha resucitado, y para él era un hecho, no cuestión de fe.

Todo esto es necesario para entender a qué nos referimos por *fe*. Cuando tenemos fe en algo, no quiere decir que renunciamos a tener certeza: quiere decir que la tenemos sin necesidad de que se demuestre por sentidos o razón. Así enunciado, seguro que no hemos calmado al moderno, más bien al contrario. El hombre contemporáneo cree que debe comprobar todo lo que sabe, y tener por opinión o inseguro todo lo que no ha comprobado. Esto sí es una creencia irracional, porque vivir implica incumplirla. Con esto ya lo hemos acabado de asustar, así que ahora vamos a intentar apaciguarlo.

A modo de primer plato fácil de digerir, veamos toda una institución basada en este aspecto de la fe fuera del ámbito religioso: la fe notarial. Por ejemplo, cuando un notario (fedatario público, *dador de fe* pública) certifica (da certeza) que una copia es fidedigna (*fides digna*, digna de fe) automáticamente es aceptada como certera cara el público; por ejemplo, ante un juzgado. En este caso, nos estamos fiando (de *fides*) del notario, estamos aceptando su testimonio como verdadero. Y este sentido de la fe, fiarse de lo que una persona asegura, es algo que todos hacemos todos los días.

Retomemos, por ejemplo, la anestesia de C. S. Lewis. ¿Realmente su entendimiento se persuadió, antes de estar en la camilla, de que la anestesia no lo iba a matar? No lo creo. No dudo de su capacidad para entender la anestesia, pero lo normal cuando una persona acepta que la anestesia no lo va a matar, es que se fíe del médico y de su autoridad. Incluso si entiende la explicación técnica del médico, se fía de que esa es la explicación real, y que verdaderamente el cuerpo funciona como el médico le está explicando. Y podríamos continuar: se fía

de que esa persona es médico, se fía de que el día de la anestesia procederán como le han explicado...

Rara vez veremos que un paciente extrae unos pocos mililitros de anestesia del vial, los inyecta a un sujeto comparable con él mismo, comprueba que la anestesia no lo mata, y solo entonces (comprobando que el médico le inyecta el mismo vial que él ha testado) admite que lo anestesien. El paciente que hace eso sí *ha visto* que la anestesia no lo mata, por lo que no necesita fe para creer y probablemente esté mucho más tranquilo en la camilla⁵. El resto de pacientes que, como le pasaba a Lewis, se fían del médico, experimentarán el vértigo de la prueba de fe en la camilla. En su ejemplo sí hay fe, pero no como la adhesión a una conclusión racional. Una verdad demostrada no requiere fe, en todo caso, requiere la virtud de la fortaleza para mantenerlas. La fe se deposita en las personas.

¿Categorizaríamos, entonces, la fe como irracional? Más bien, sería irracional (e inviable) tratar de demostrar cada conclusión que nos transmiten. Si todos incorporáramos nuevo conocimiento así, seguiríamos cazando ciervos con palos y piedras, porque tendríamos que reinventar cada disciplina que nos enseñan. Cuando el alumno aprende un arte del maestro, se fía del maestro. Sí, el maestro le demostrará a menudo por qué se ha de fiar de él, pero no le demuestra cada enseñanza. Para el alumno, fiarse del maestro (depositar fe en él) es razonable.

Lo mismo pasa con la ciencia. El estudiante admite las demostraciones de los principios que aprende, pero rara vez los comprueba. Es cierto que, al basar su práctica investigadora en esos principios y resultar exitosa, se certifican los principios. Ambas comprobaciones dan suficiente luz a la razón para aceptar, por fe, la ciencia que han hecho sus colegas. La fe del científico en las conclusiones que él mismo no comprueba es perfectamente razonable. El biólogo molecular ni duda ni debe dudar de la física, pero sin duda esa certeza se la entregan fe y razón, no solo la razón.

Por todo esto, la fe en sí; es decir, dar la misma certeza a algo que se cree que a algo que se

Platense (Mons. Juan Straubinger). Ambas traducidas directamente del griego al castellano.

⁵ Simplemente por llevar al extremo la analogía, realmente el paciente no podría saber con total certeza que él no va a tener una reacción adversa a la anestesia.

ha comprobado, no es irracional. Más bien sería irracional decir que siempre que creemos algo es porque se nos ha demostrado suficientemente o que siempre que creemos algo no demostrado es a modo de opinión y sin certeza. No obstante esto, tampoco quiere decir que la fe sea siempre racional. Por ejemplo, la fe es tremendamente irracional cuando se cree en algo que se ha demostrado falso.

En este sentido, si usted y yo estuviéramos mirando el mar, y me dijera que estamos contemplando un desierto y yo le creyera, no parece racional decir que estamos ante un acto de fe precioso por mi parte, más bien diríamos que soy tonto y desprecio mi razón y mis sentidos. Pues esto, que tan fácil se ve en este ejemplo, parece volverse etéreo y confuso cuando se trata de la Fe en Cristo.

Pensemos, por ejemplo, en la reacción a la «desmitificación» del nuevo testamento. El fantasma de Reimarus llega hasta nuestros días con propuestas desde «Pablo de Tarso helenizó un sector del judaísmo» hasta «Constantino se inventó una religión para unificar a su imperio»⁶. Pero lo realmente interesante es ver la reacción de muchos que se llaman cristianos. Al entender su Fe como una adhesión irracional a unas conclusiones, parece que también dé igual la racionalidad de esas conclusiones.

Para ellos, la veracidad de si Cristo se encarnó de María Santísima, si hizo milagros, si resucitó, si subió a los cielos, si fundó una Iglesia... es irrelevante. La Fe es la adhesión a una ética que enseñó Cristo, o sus apóstoles, o los padres de la Iglesia, o simplemente cualquiera que quiera adherirse a esa misma línea ética quince siglos después. Teólogos luteranos tan relevantes y actuales como Rudolf Bultmann defendieron esto. Es la clase de autores que, por ejemplo, hablan de una resurrección «espiritual»⁷.

⁶ Reimarus inició la llamada «búsqueda del Jesús histórico». Así se conoce una larga lista de autores y trabajos que aplicaron la historiografía al Nuevo Testamento. Se puede consultar un resumen esquemático aquí: https://religion.antropo.es/_textos/La-busqueda-del-Jesus-historico-1.html.

⁷ Es muy famosa su frase «Un hecho histórico que involucre la resurrección de los muertos es absolutamente inconcebible». Citado en Carl F. H. HENRY, *God, Revelation, And Authority*, Vol. IV.

⁸ Cf. *Suma teológica*, II-IIae, q.2, a. 2.

⁹ *La Tradición Apostólica es la transmisión del mensaje de Cristo llevada a cabo, desde los comienzos del cristianismo, por la predicación, el testimonio, las instituciones, el culto y los escritos inspirados. Los Apóstoles transmitieron a sus sucesores, los obispos y, a través de éstos, a todas las generaciones hasta el fin de los tiempos todo lo que habían recibido de Cristo y aprendido del Espíritu Santo* (Compendio del Catecismo, 12; cf. 11-17).

¹⁰ Mártir viene del griego μάρτυς (mártir) que propiamente significa *testigo*.

La posición católica es radicalmente opuesta. Benedicto XVI señalaba muchas veces cómo el católico es católico por un hecho histórico: la Encarnación. Dios se hizo hombre de María Santísima y eso cambió la Historia para siempre. Nuestra Fe consiste en adherirse a la Revelación de Dios que es Cristo. Por Cristo es que creemos, a Cristo es al que creemos y en Cristo creemos⁸. La Iglesia católica afirma que ella es la única custodia de la Revelación, y que esta nos llega a nosotros por la cadena fidedigna de la Tradición Apostólica⁹.

Nosotros somos los dichosos que sin ver (*jorao*) creemos. Para nosotros sí es posible la Fe. Esta idea resuena infinidad de veces en el Nuevo Testamento. En 1 Cor 15, 8, san Pablo dice que «[Cristo] se me apareció también a mí». En el original griego, el verbo que se traduce por *aparecer* es, de nuevo, *jorao*. San Pablo *vio* a Cristo, y los seguidores de Pablo, que no lo vieron, se fían del testimonio de Pablo. Por eso, dice san Pablo que si no hay resurrección (o fuere «*espiritual*»), vano es su testimonio y vana la fe de sus discípulos.

En otras palabras, la Fe católica no es simplemente certeza sobre algo no conocido testimoniado por cualquiera. Es el mismo Dios quien vino a dar *testimonio de sí mismo* (Jn 8, 14) y *el que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis* (Jn 19, 35). Esta es la naturaleza de la Fe católica. Es la certeza sobre la Verdad Revelada por Dios, testimoniada por Él y por todos sus mártires¹⁰. En el siguiente número, Dios mediante, profundizaremos en cuán razonable es creer esto y creer las verdades en sí.

«SU DIOS ES SU VIENTRE».

LOS VICIOS CAPITALES (II): LA GULA

D. Tomás Minguet Civera, Pbro., Capítulo Nuestra Señora de los Desamparados



Gula, una de las secciones de la Mesa de los pecados capitales, El Bosco, 1475 ca., Óleo sobre madera. Extraído de Wikimedia commons.

En una de las *Cartas del diablo* Escrutopo (*Screwtape*) a su sobrino Orugario (*Wormwood*) —estamos en el satírico y certerísimo libro de C. S. Lewis—, el primero refiere como un éxito de las tácticas diabólicas el haber amortiguado la conciencia humana en lo referente a la gula, de tal forma —explica— «que difícilmente podrás encontrar ahora un sermón pronunciado en contra de ella, o una conciencia preocupada por ella, a todo lo ancho y largo de Europa».

En esa misma «carta», el experimentado diablo refiere el caso de una anciana que está atrapada por este vicio y que, por ello, siempre está quejumbrosa, es impaciente, dura con los demás y vive totalmente centrada en sí misma. La cuestión queda agravada porque ella no se da cuenta de todo esto, ya que la gula que la tiene dominada no es la versión más burda

de la misma (la cantidad de lo que se come), sino su versión más refinada (la búsqueda de la exquisitez en el alimento). Con la perspicacia que caracteriza a estas cartas, Escrutopo hace notar que «esta señora es una verdadera pesadilla para las anfitrionas y los criados. Siempre está rechazando lo que le han ofrecido, diciendo, con un suspiro y una sonrisa coqueta: «Oh, por favor, por favor... todo lo que quiero es una tacita de té, flojo pero no demasiado, y un pedacito chiquitín de pan tostado verdaderamente crujiente». ¿Te das cuenta? Puesto que lo que quiere es más pequeño y menos caro que lo que le han puesto delante, nunca reconoce como gula su afán de conseguir lo que quiere, por molesto que pueda resultarles a los demás. Al tiempo que satisface su apetito, cree estar practicando la templanza»¹. Es una mujer, en definitiva, cuyo estómago domina su vida.

¹ C. S. LEWIS, *Cartas del diablo a su sobrino*, XVII.

«Su dios es su vientre», había dicho mucho antes san Pablo acerca de los que andan como enemigos de la cruz de Cristo, «sólo aspiran a cosas terrenas» (Flp 3, 19).

Estas consideraciones nos ponen ante el vicio polifacético, cotidiano y sibilino de la gula, tanto más peligroso cuanto menos temido y mucho más extendido de lo que la atención a otros pecados más aparatosos nos haría sospechar. Es aquí cuando la dócil escucha a la sabiduría de la Iglesia, que llama *pecado capital* a la gula, debe reordenar nuestras ideas espontáneas y agudizar nuestra atención: estamos ante algo más peligroso de lo que parece. También en este campo de batalla, como en todos, se impone la humildad, pues quien piense que esto «son tonterías», o que él no debe entretenerse en «estas minucias», o que el tema de la gula «lo tiene superado», ya ha perdido. A lo más grande se va por lo más pequeño y las cosas no se empiezan por el tejado. San Gregorio Magno lo advertía con toda claridad:

«Nadie puede progresar en la lucha espiritual si antes no domina al enemigo que se camufla bajo los apetitos golosos. Es un error entrar en combate contra unas potencias lejanas cuando se está sometido por las cercanas... Algunos, ignorantes de la táctica que hay que seguir en esta guerra, se lanzan a combates espirituales sin haber controlado su gula. A veces llegan a realizar cosas importantes que requieren mucho arrojo; pero, dominados por la gula, los atractivos de la carne les hacen perder todo el provecho obtenido»².

Pongámonos, pues, en la tarea, comenzando por aclarar los términos. La gula es el apetito desordenado de comer o beber (S. Th. II-II, 148, 1). Aquí la clave está en la palabra «desordenado», ya que sitúa la maldad de la gula, no en una suerte de maniqueísmo («es malo comer o beber») o puritanismo («todo placer es malo»), sino en el apartamiento del orden de la razón «en el cual consiste el bien de la virtud moral» (ibid.). La gula, por tanto, como tal, se opone directamente a la virtud de la templanza, es decir, al dominio armónico de uno mismo; un dominio necesario para vivir el sabio orden establecido por Dios, por el cual la carne debe sujetarse al alma y el alma a Dios, y, desde ahí, acometer el resto de virtudes.

Siendo, así, la gula, un desorden de nuestra natural relación con el alimento, se impone clarificar en qué se cifra este orden, es decir, cuál

es el lugar que Dios ha dado a la comida en nuestra vida y cómo debemos relacionarnos con ella. Una primera y obvia respuesta señala a la mera subsistencia: comemos y bebemos para mantenernos en la vida. Y aquí ya hay una pauta segura. Comer más o menos de lo necesario para vivir será, en principio, un desorden. Pero este no es el único criterio, pues siempre hemos de atender a toda la realidad (ser católicos) y, por eso, fijarnos también en la relación del cuerpo con el alma y del alma con Dios, así como en las demás dimensiones que tiene nuestra vida. En este sentido, a veces lo ordenado será comer más de lo necesario (en una celebración) y, a veces, menos (un día de ayuno), pues hay más factores en juego además de la nutrición.

Porque, en efecto, el alimento no sólo se nos ha dado como sustento físico, sino que también tiene cierto poder lenitivo y de consuelo. Así lo ha previsto el Creador y, por eso, no es baladí recordar la enseñanza de santo Tomás sobre los remedios contra la tristeza, entre los que cuenta ciertas delectaciones lícitas (cf. S. Th. I-II, 38, 1-5). Más todavía, el alimento también es para nosotros cauce de comunión, con el prójimo y con Dios. El hombre, a diferencia de los animales, se sienta a la mesa a comer con otros y prepara sus alimentos, los ofrece a Dios y al prójimo. También festeja con comida de por medio y, a poco que piense, se sabe criatura dependiente de su Creador con cada bocado que da. Por eso san Pablo, en polémica con quienes condenaban el matrimonio y menospreciaban el alimento, enseña que los alimentos han sido creados por Dios «para que los creyentes y los que han llegado al conocimiento de la verdad participen de ellos con acción de gracias. Porque toda criatura de Dios es buena, y no se debe rechazar nada, sino que hay que tomarlo todo con acción de gracias, pues es santificado por la palabra de Dios y la oración» (1 Tim 4, 3-5). Así, dando gracias a Dios al tomar el alimento, el hombre lo pone en su lugar, dentro del orden de la Creación, lo valora por su fin último y reconoce a Dios como Creador. La importancia del alimento queda corroborada –pues es esta una de las «firmas» de Dios– con el placer que acompaña al comer y al beber, que es un signo de la bondad de nuestro Padre. Y, mucho más todavía, por el hecho de que el Verbo Encarnado se haya hecho alimento, Pan de Vida, para nosotros.

² SAN GREGORIO MAGNO, *Morales sobre Job*, XXX, 18.

A partir de estas consideraciones, entendemos las diversas formas en que se puede caer en la gula, según la célebre enumeración de san Gregorio y que recoge santo Tomás: «Exceso de cantidad, exigencia de manjares exquisitos, dedicar excesivo esmero en preparar la comida, adelantar las horas de comer, y hacerlo con voracidad» (S. Th. II-II, 148, 4). En positivo diríamos que es ordenado comer cuando se hace a las horas previstas, con moderación en cantidad y calidad (lo cual dependerá de las circunstancias), con modestia, dedicándole el tiempo necesario a su preparación y, como todo, dando gracias a Dios.

En cada una de estas especies de la gula está ocurriendo el mismo fenómeno: nos desviamos del recto uso de la comida y buscamos el deleite del comer o beber en sí mismo o por un camino equivocado. La comida y el placer dejan de ser vistos como un don de Dios, vinculados a otros dones, para buscarse como un fin (y un fin autónomo), al que rendir culto y por el que gastar las energías. El alimento, así, se alza como un muro entre Dios y el hombre, y con el prójimo. Adquiere también un carácter de absoluto y se impone a otras cosas más necesarias, como, por ejemplo, atender a alguien que necesita nuestra ayuda, aunque sea la hora de comer (cf. Tob 2, 1-6) o velar en oración (Mt 26, 41). La gula es, pues, una forma de idolatría y de esclavitud.

Y, al incurrir en este desorden, hay consecuencias. Si bien es cierto que no es habitual que la gula sea pecado mortal, aunque esto es bien posible (cf. S. Th. II-II, 148, 2), sí que lo es el que sea pecado capital, es decir, cabeza de otros, así como un constante impedimento en el camino de nuestra perfección, en cuanto que nos habitúa a la intemperancia. San Juan Clímaco enumera las «hijas de la gula» en su *Escala*, haciéndole hablar como si fuera una madre:

«Los nombres de mis hijos son tantos como las arenas del mar, pero diré los de los más queridos. Mi primogénito es quien provoca la fornicación, el segundo es el autor de la dureza del corazón, el tercero es el sueño, mar de los pensamientos, olas de pasiones, abismo de secretas torpezas. Mis hijas son la pereza, la murmuración, la confianza en sí mismos, las groserías y las risas, la porfía, la apatía para escuchar la palabra de Dios, la insensibilidad para las cosas espirituales, la pri-

sión del alma, las expensas superfluas y excesivas, la soberbia, la osadía y la afición a las cosas mundanas. A ellas les siguen la oración impura y todo tipo de calamidades y desastres no previstos, anticipos de la desesperación, que es el mayor de los males»³.

El Aquinate, por su parte, resume en cinco las hijas de la gula: *la alegría tonta, la bufonería, la inmundicia, la locuacidad y la ceguera mental* (S. Th. II-II, 148, 6).

Como se ve, la gula conduce hacia diversas pérdidas de dominio de sí, hacia una cierta descomposición o derramamiento de nuestras fuerzas físicas y espirituales, hacia una animalización de quien está llamado a ser imagen y semejanza de Dios. La gula, en definitiva, arrastra nuestras facultades superiores hacia abajo y nos debilita para el combate contra las otras tentaciones. Por eso, ella es como un acicate para todos los pecados: «El príncipe de los demonios es Lucifer, y príncipe de los vicios es la gula, ya que los incentiva a todos»⁴.

El camino de vuelta hacia el orden en el comer y el beber, no es tarea espontánea ni inocua en criaturas heridas de pecado original. El hombre caído –lo sabemos– no vive bien su relación con el placer ni se hace dueño de sí mismo sin esfuerzo y dolor, sin renunciaciones. Con todo, es necesario. El Divino Maestro dejó claro que «no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mt 4, 4) y que debemos tener cuidado «para que no se emboten vuestros corazones con comilonas y borracheras» (Lc 21, 34).

Este trabajo lo aprendemos en la Iglesia y pasa por cultivar la templanza en todos los niveles de la vida, por una sana mortificación, por la vigilancia del acto concreto de comer y de preparar la comida, por guardar tiempos de ayuno y abstinencia. Y todas estas acciones siempre deben estar finalizadas por una mirada hacia lo Alto, en agradecimiento al Creador y en aspiración a su Gloria y a la unión con Él, en alimentarnos de Él, pues «nunca podremos despreciar el placer de los alimentos terrenos si nuestro espíritu no se apega a la contemplación divina y no encuentra su felicidad más bien en el amor a la virtud y en la belleza de los alimentos celestiales»⁵.

³ SAN JUAN CLÍMACO, *Escala espiritual*, XIV, 38.

⁴ *Ibid.* XIV, 33.

⁵ JUAN CASIANO, *Instituciones cenobíticas*, V, 14, 16.

ORIGEN Y FUNCIÓN DEL PAPADO

D. Samuel Clavijo Gómez, Capítulo de Nuestra Señora de Covadonga



León XIV tras su elección. Crédito: Reuters.

«Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam»

A la vista de todos los eventos que se han ido sucediendo últimamente en nuestra amada Iglesia, quisiera hacer aquí un pequeño resumen sobre lo que los católicos creemos acerca de la institución del papado. Como con cualquier doctrina, existen riesgos manifiestos, a un lado y otro de la ortodoxia, de caer en el error. En primer lugar, quisiera aportar recursos bíblicos para poder entender esta institución divina desde su origen y, así mismo, para proveer las herramientas necesarias en orden a proteger el depósito de la Fe frente a hostilidades heterodoxas. En segunda instancia, quiero compartir algunas aportaciones históricas que han proporcionado los Padres de la Iglesia desde los primeros siglos, y que son prueba indiscutible de este pío ministerio.

Normalmente, cuando se habla del papado, solemos mencionar Mateo 16, 18 : «Y yo también te digo que tú eres Pedro, y sobre esta

roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella». Sin embargo, este versículo no ha estado falto de polémica, especialmente en la discusión con las comunidades protestantes. Esto se debe a la doble interpretación sobre qué constituye «la roca». Haciendo una exégesis profunda, es válido afirmar que Jesucristo también funda la Iglesia sobre la confesión de Pedro, esto es, que el Señor es el Hijo del Dios Vivo. Así lo expresó san Agustín.

No obstante, esta exégesis no invalida la misión que Simón recibe de Cristo. En primer lugar, le cambia el nombre a Cefas/Pedro (‘ piedra’), lo cual constituye un significado sobre su encargo ministerial (esto está presente con muchas otras personas en la Escritura). Juan 1, 42 : «Y le trajo a Jesús. Y mirándole Jesús, dijo: Tú eres Simón, hijo de Jonás; tú serás llamado Cefas (que quiere decir, Pedro)». Por otra parte, sólo a él le da las llaves del Reino de los Cielos, no a cualquier Apóstol. Y añade: «Y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo

lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos».

Así, no tendría sentido pensar que el único entendimiento válido de este pasaje es algo tal que así: «Tú eres (piedra), y sobre mí, aunque te esté hablando a ti, voy a edificar mi Iglesia, ahora dame mis llaves». Se ve también una prefiguración veterotestamentaria en Isaías 22, donde Eliaquim es un tipo de Pedro, y es constituido mayordomo de la casa de David: «En aquel día llamaré a mi siervo Eliaquim, hijo de Hilcías, y lo vestiré de tus vestiduras, y lo ceñiré de tu talabarte, y entregaré en sus manos tu potestad; y será padre al morador de Jerusalén, y a la casa de Judá. Y pondré la llave de la casa de David sobre su hombro; y abrirá, y nadie cerrará; cerrará, y nadie abrirá. Y lo hincaré como clavo en lugar firme; y será por asiento de honra a la casa de su padre».

Nuevamente, algunos aluden a Apocalipsis 3 para decir que esto sólo le corresponde a Jesucristo: «Escribe al ángel de la iglesia en Filadelfia: Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre». Esto no hace sino reforzar la verdadera doctrina sobre el papado, y deja entrever qué significa ser un Vicario: El Papa es el que «hace las veces de Cristo», en quien está delegado el reinado sobre la Iglesia mientras Cristo no reine visiblemente. En ningún caso quiere decir que el Papa sea Cristo.

Otra referencia bíblica esencial sería Lucas 22: «Dijo también el Señor: Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos. Él le dijo: Señor, dispuesto estoy a ir contigo no solo a la cárcel, sino también a la muerte. Y él le dijo: Pedro, te digo que el gallo no cantará hoy antes que tú niegues tres veces que me conoces». Fíjense que el Señor predice las negaciones de Pedro y le dice que, una vez vuelva, sea él quien confirme a sus hermanos, y no al revés. No que le confirmen a él por haber caído, sino él a los demás. Podría corregirle Juan, que fue más fiel y se quedó a los pies de la Cruz, pero no es así como ocurre. La superioridad, por ejemplo, de Pedro sobre Juan la vemos en Juan 20, 1-8, cuando ambos van al sepulcro vacío. Juan esperó a Pedro, no se precipitó para tomar una decisión sin su aproba-

ción, sino que respetó la posición que Dios le había otorgado.

En el siguiente capítulo, el 21, se puede leer: «Cuando hubieron comido, Jesús dijo a Simón Pedro: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que estos? Le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Él le dijo: Apacienta mis corderos. Volvió a decirle la segunda vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Le dijo: Pastorea mis ovejas. Le dijo la tercera vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro se entristeció de que le dijese la tercera vez: ¿Me amas? y le respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas. En verdad, en verdad te digo: Cuando eras más joven, te ceñías, e ibas a donde querías; mas cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras. Esto dijo, dando a entender con qué muerte había de glorificar a Dios. Y dicho esto, añadió: Sígueme». Sólo a Pedro, nuevamente, le pide que apaciente a su rebaño, sólo a él la misión de confirmar universalmente a todos sus hermanos. Ningún diálogo de este calado, con la entrega de semejantes responsabilidades, mantiene Nuestro Señor Jesucristo en la Escritura con otra persona.

Por otra parte, en el libro de Hechos de los Apóstoles, podemos ver que toda la estructura de la Iglesia Apostólica gira en torno al liderazgo de Pedro, y por eso sabemos que donde está Pedro, ahí está la Iglesia. Sin comunión con la cabeza visible no se puede estar entre los escogidos; y de aquí el conocido *adagio* «Ubi Petrus, Ibi Ecclesia»¹.

Vamos, en este apartado, a dar algunas citas relacionadas, para entender mejor la misión y la responsabilidad particular de Pedro:

- Hechos 1, 15: Pedro dirige la elección de Matías: «En aquellos días Pedro se levantó en medio de los hermanos (y los reunidos eran como ciento veinte en número), y dijo...».
- Hechos 2, 14: Predica el primer gran discurso de pentecostés: «Entonces Pedro, poniéndose en pie con los once, alzó la voz y les habló diciendo...».

¹ San Ambrosio de Milán, s. IV.

- Hechos del capítulo 3 al 5: Los milagros y predicaciones en Jerusalén. Pedro aparece constantemente como: el que sana (al paralítico en la Puerta Hermosa); el que predica; el que desafía al Sanedrín. Y, siempre, lleno de Espíritu Santo: «Pedro, lleno del Espíritu Santo, les dijo...», Hechos 4, 8.
- Hechos 9, 32–43: Pedro actúa como un «sumo pastor» itinerante y hace milagros: sana a Eneas en Lida; resucita a Tabita en Joppe. Es decir, los fieles buscan a Pedro, no a otro.
- Hechos 10–11: Pedro y la conversión de Cornelio o cuando Pedro abre la puerta de la Iglesia a los gentiles. Y es que es él quien recibe la visión del lienzo, porque el Espíritu Santo confirma su decisión («¿Quién soy yo para oponerme a Dios?», Hch 11,17).
- Hechos 15: Pedro dirige el primer concilio de la Iglesia, el concilio de Jerusalén. Habla primero y luego confirman Santiago y los demás: «Y se reunieron los apóstoles y los ancianos para conocer de este asunto. Y, después de mucha discusión, Pedro se levantó y les dijo: Varones hermanos, vosotros sabéis cómo ya hace algún tiempo que Dios escogió que los gentiles oyese por mi boca la palabra del evangelio y creyesen...». Es curioso que Pedro remarque que Dios escogió que los gentiles oyeran por medio de él cuando es conocido que a ese menester estaba más entregado el apóstol Pablo.
- En Gálatas 1, 18, Pablo reconoce la autoridad de Pedro: «Después, pasados tres años, subí a Jerusalén para ver a Pedro, y permanecí con él quince días». En ese pasaje, varias cosas llaman la atención. Una de ellas es que en el versículo anterior indica que solo va a verlo a él, no a otro. Por otra parte, el verbo usado (ἱστορησαί, *historesai*) significa «recibir autoridad, aprendizaje». Pablo fue a recibir el discipulado de Pedro.
- 1 Pedro 5, 1-3: Pedro se presenta con humildad como presbítero (anciano), pero ejerce función de exhortación a otros pastores. Está ejerciendo liderazgo pastoral como cabeza del colegio apostólico.
- Mateo 17, 24-27: «Cuando llegaron a Capernaum, vinieron a Pedro los que cobraban las dos dracmas, y le dijeron: ¿Vuestro Maestro no paga las dos dracmas? Él dijo: Sí. Y al entrar él en casa, Jesús le habló primero, diciendo: [...] Para no ofenderles, ve al mar, y echa el anzuelo, y el primer pez que saques, tómalo, y al abrirle la boca, hallarás un estatero; tómalo, y dáselo por mí y por ti». Solo Pedro representa a Cristo en el pago. Los otros apóstoles no son mencionados. Pedro es el vínculo visible entre Cristo y la comunidad. Ahí se ve claramente como vicario, le piden explicaciones por Cristo y Cristo responde a través de Pedro.
- Juan 6, 66-69: Pedro habla en nombre de todos los Doce, reafirmando la fe como portavoz de la Iglesia.
- 1 Corintios 15, 3–5: Jesús resucitado «se apareció a Cefas, y luego a los Doce». San Pablo reconoce que Pedro fue el primero de los apóstoles en ver al Resucitado, antes incluso que el colegio apostólico.

Con todos estos ejemplos, queda demostrada la primacía petrina a lo largo de todo el Nuevo Testamento. Pero ¿significa esto que cualquier cosa que diga o haga su sucesor es correcta? ¿Que nadie puede estar en desacuerdo con el obispo de Roma? ¿Hasta dónde llega la infalibilidad del Papa? ¿Se equivocó Pablo cuando corrigió a Pedro? Os dejo con unas citas muy acertadas del Cardenal San John Henry Newman, que en su día fue muy perseguido por los ultramontanos:

- «El Papa, que proviene de la Revelación, no tiene jurisdicción sobre la Naturaleza. No tiene jurisdicción sobre la ciencia, ni sobre el arte, ni sobre el derecho, ni sobre la filosofía, ni sobre ningún otro asunto secular, excepto en la medida en que estos toquen la religión».
- «El Papa no es infalible en cada pensamiento o palabra suya; sólo es infalible cuando habla ex cathedra en materia de fe y de costumbres».
- «Reconozco libremente que los Papas, tomados individualmente, no han sido infalibles en sus opiniones, actos o políticas. El Papa Esteban, por ejemplo, fue contradicho por San Cipriano y la Iglesia

africana; y posteriormente su decisión fue revocada. El Papa Liberio firmó una fórmula herética; el Papa Vigilio emitió dos decisiones contradictorias; el Papa Honorio fue condenado después de su muerte por herejía».

Es por esto que se producen las famosas «dubias», que los subordinados del Santo Padre pueden presentarle cuando consideran que la doctrina está en riesgo de desviarse o alguna cuestión magisterial o pastoral no ha quedado suficientemente clara.

Avanzamos en el tema. Y ¿al Papa lo escoge el Espíritu Santo? Esto parece una leyenda urbana que se ha extendido mucho incluso dentro de la Iglesia, y hasta entre personas que disfrutan de un buen grado de formación. Dios nunca nos obliga a cooperar con él, y a los cardenales que escogen al Papa en los cónclaves tampoco. Esto dijo Benedicto XVI al respecto:

«No lo diría, en el sentido de que el Espíritu Santo escoge al Papa. Yo diría que el Espíritu no toma exactamente el control del asunto, sino que más bien como un buen educador, por así decirlo, nos deja mucho espacio, mucha libertad, sin abandonarnos por completo. Por lo tanto, el papel del Espíritu Santo debe entenderse en un sentido mucho más elástico, no que él dicte el candidato por el que uno debe votar. Probablemente la única garantía que él ofrece es que la cosa no puede estar totalmente arruinada. Hay demasiados ejemplos contrarios de papas que el Espíritu Santo obviamente no habría elegido».

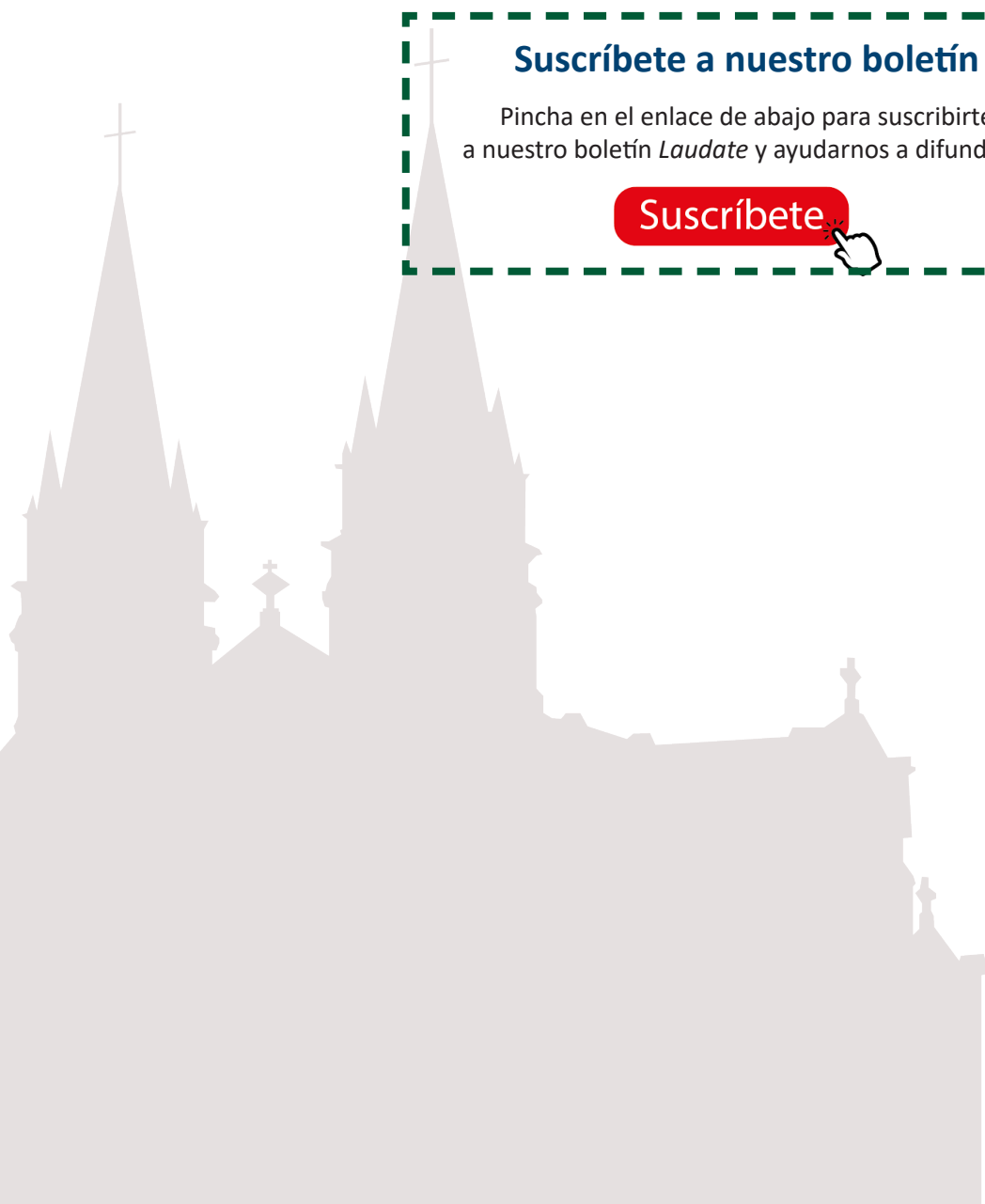
Por último, frente a las acusaciones de los cismáticos orientales (que se premian con el título de «ortodoxos») de que el obispo de Roma sólo tenía en origen una primacía honorífica pero no primacía universal, quiero presentar a continuación unas cuantas citas de los primeros cristianos:

- San Cipriano de Cartago (nacido en el año 200): «La Iglesia es una, y esta unidad está representada en la cátedra de Pedro. Si alguno no mantiene la unidad de Pedro, ¿puede imaginar que todavía mantiene la fe?». Y sigue: «El cisma no puede tener origen en otra parte que no sea fuera de

la cátedra de Pedro, la Iglesia principal, de donde nació la unidad del episcopado», carta 59, *Ad Cornelium*. (Además, tengamos en cuenta que el propio san Cipriano tuvo grandes conflictos con su propio Papa, Esteban).

- San Jerónimo, traductor de la *Vulgata* (siglo IV): «Yo, siguiendo a ninguno más que a Cristo, me uno a la comunión con tu beatitud, es decir, con la cátedra de Pedro. Sé que sobre esta roca está edificada la Iglesia. Cualquiera que coma el Cordero fuera de esta casa, es profano», carta 15, a Dámaso Papa.
- San Clemente Romano (ca. 96): «Si alguno desobedece lo que ha sido dicho por Él [Cristo] por medio de nosotros, sepa que incurrirá en una falta y en un peligro no pequeño», 1 Clem, 59, 1. Y «nuestra admonición ha sido justa y moderada, basada en el deseo de paz», 1 Clem, 63, 2. En este caso, vemos que la Iglesia de Roma interviene con autoridad moral doctrinal en los asuntos internos de la Iglesia de Corinto, sin que nadie la haya invitado. Es el primer acto de jurisdicción supralocal en la historia del cristianismo.
- San Ignacio de Antioquía (ca. 107): «A la Iglesia que preside en el lugar de la región romana, digna de Dios, digna de honor, digna de alabanza, digna de ser nombrada, que preside en la caridad...», carta a los Romanos, Prólogo. Por su parte, tengamos en cuenta que es un padre oriental, y está reconociendo la presidencia de Roma.
- San Ireneo de Lyon (ca. 180–200 d.C.): «Pues es con esta Iglesia, en razón de su origen más eminente, que debe concordar toda Iglesia, es decir, todos los fieles del orbe; ya que en ella se ha conservado siempre la tradición apostólica», *Adversus Haereses*, III, 3, 2.

Y así lo defendieron san León Magno, san Agustín y tantos Padres en la fe cristiana. Dios os bendiga y ¡que viva el Papa León XIV!



Suscríbete a nuestro boletín

Pincha en el enlace de abajo para suscribirte a nuestro boletín *Laudate* y ayudarnos a difundirlo.

Suscríbete

